

¡Viva la política!

Constantino Urcuyo Fournier¹

***E**s bien difícil encontrar un ensayo tan afortunado, como el que publicamos a continuación, sobre la política y los políticos profesionales, tan notoria e internacionalmente desacreditados hoy. Sin embargo, como principales actores de la vida pública, nacidos con los albores de la democracia griega, nunca desaparecerán. Y será encomiable su actividad, aún bajo las difíciles circunstancias en que ella generalmente se cumple, cuando puede examinarse en la brillantez y la experiencia del autor y político profesional de este ensayo.*

** * **

I. Hacer política

UNA CIERTA VISIÓN DE LA POLÍTICA POSTULA LA EXISTENCIA de un ente atemporal denominado el interés nacional, el cual —supuestamente— va más allá de las pedestres diferencias de ideas e intereses. Si tal perspectiva fuera cierta, la vida social sería más fácil: bastaría con que los sabios, expertos en la determinación del interés nacional, se pronunciaran; así se resolverían en olor de

“expertise” los inevitables conflictos entre los intereses sectoriales. En tales condiciones, el debate, la discusión y la lucha política serían innecesarios. Desgraciadamente, un mundo tan hermoso no existe, y aunque existiera, para llegar a la determinación de los parámetros del bienestar general, provocaría también los conflictos inevitables de la hermenéutica y de la interpretación.

II TRIMESTRE 1997

Las sociedades se encuentran afectadas por intereses múltiples y variados, contrapuestos y convergentes. Para algunos, el sino ineluctable de la diversidad y el pluralismo implica lucha, búsqueda del predominio, pero no necesariamente destrucción del adversario. El principio de identidad, por el cual A es A y no es B, es válido para la lógica, pero no tiene la misma validez en la historia social. Es posible concebir espacios sociales y políticos en los que ocurra la confrontación de intereses, pero con el acatamiento de ciertas reglas básicas como el respeto de la integridad física del adversario y el reconocimiento del derecho de éste a la diferencia y a la discrepancia.

En la democracia, el conflicto se resuelve acatando el criterio de la mayoría, obtenido al seguir las reglas del sufragio libre y genuino. Sin embargo, simultáneamente se reconoce que la mayoría no implica, por ninguna circunstancia, el irrespeto de los derechos fundamentales básicos de las minorías.

En la democracia, la política se realiza dentro de ese gran marco; en la dictadura, la voluntad de los gobernantes no encuentra obstáculo para su realización. En

los regímenes autoritarios, la voluntad dictatorial suele detenerse en ciertas órbitas de la actividad política del gobierno, mientras que en los regímenes totalitarios la retención es abarcar la totalidad del ciclo de vida de los gobernados.

En una sociedad abierta, la actividad política refleja conflictos y los crea. Puede discutirse sobre la naturaleza de las estructuras de poder en estas sociedades. Para algunos es monopólica, para otros es oligopólica. Algunos tienen todavía la ilusión liberal de individuos iguales, con cuotas iguales de poder. Sin embargo, si observamos el panorama de las luchas sociales, de hecho tampoco encontramos nada que pueda asimilarse al predominio total de un sector sobre los otros y que nos permita concluir —con el simplismo de Marx en el Manifiesto Comunista— que en las sociedades capitalistas el gobierno no es sino la junta de gobierno de los negocios de la burguesía. En este siglo, la diferenciación de las estructuras sociales, tanto en las sociedades avanzadas como en los países subdesarrollados, nos impide llegar a esta conclusión. La aparición de nuevos actores sociales, particularmente los trabajadores del conocimiento, y la

desaparición del proletariado tradicional^{1A}, tampoco permite validar estas tesis de la sociología marxista, contradichas no sólo por la realidad de los países del mundo capitalista sino también por el estrepitoso derrumbe del experimento del socialismo real.

Lo anterior nos lleva a suscribir una tesis intermedia entre el igualitarismo liberal y la tesis marxista del monopolio del poder por una clase. Nuestra visión postula que la estructura de poder cambia con las sociedades y con el tiempo. Por otra parte, partimos de

que en nuestra sociedad no calzan ni la visión de cuotas iguales, ni la del monopolio, por eso postulamos que existe una distribución asimétrica del poder, pero con una estructura institucional que permite la competencia de diversos actores sociales.

Una arena pública marcada por el conflicto y por la diversidad no facilita las cosas desde el punto de vista de la eficiencia tecnocrática, aunque sí es funcional desde una óptica macro, si tenemos en cuenta que la facilitación de la expresión del conflicto social imposibilita las explosiones del malestar social.

Visiones contrapuestas de la política

LA DEMOCRACIA SIN POLÍTICA NO ES CONCEBIBLE. En la vida cotidiana, muchas veces hacer política es sinónimo de

politiquería, pero hacer política es situarse en el contexto de intereses divergentes. En el marco del sistema político los intereses sufren

1A/ "Los trabajadores de 1900 —e inclusive los de 1913— no recibían pensiones ni vacaciones pagadas, horas extras o pago por los domingos y las noches trabajadas, así como tampoco tenían seguro de vejez o salud (con la excepción de Alemania), ni compensación de desempleo (exceptuando Gran Bretaña después de 1911); no contaban con ninguna garantía laboral. Cincuenta años más tarde, en los años cincuenta, los trabajadores industriales se habían convertido en el más grande grupo homogéneo de todo país desarrollado y aquellos que eran miembros de uniones de la industria de producción masiva (en ese momento la dominante en todas partes) habían conseguido niveles de clase media-alta. Tenían entonces amplia seguridad laboral, pensiones, vacaciones pagadas y seguros de desempleo. Pero, sobre todo, habían conseguido poder político. (...) Treinta y cinco años después, ya en 1990, los trabajadores industriales y sus uniones se encontraban en regresión. Eran marginales en términos numéricos. Mientras que para 1950 los trabajadores industriales que hacen o mueven cosas se convirtieron en 2/5 de la fuerza laboral de los Estados Unidos, en 1990 representaron menos de 1/5 —eso significa no más del número alcanzado por ellos en 1900, cuando su acelerado ascenso empezó. En los otros países desarrollados con una estructura de libre mercado, el descenso fue más lento en un principio, pero después de 1980 se aceleró en todas partes. Para el año 2000 o 2010, en todo país de libre mercado desarrollado los trabajadores industriales no alcanzarán a representar a más de un 1/8 de la fuerza de trabajo. El poder de las uniones de trabajadores ha ido en descenso con igual rapidez." Ducker, Peter. *The Age of Social Transformation* en *The Atlantic Monthly*, November, 1994, p. 56.

1/ "Revista Parlamentaria", Agosto/96, de la Asamblea Legislativa de San José de Costa Rica.

dos procesos: la articulación y la combinación². En el fondo ambos son lo mismo: reducción de la diversidad de demandas sociales para buscar respuestas públicas que cubran, de manera general, el común denominador de éstas. En el sentido amplio, la política envuelve tanto actividades públicas como privadas. En nuestro idioma no se puede establecer la clara distinción que realiza la lengua inglesa entre politics and policy: la primera palabra se utiliza para designar el espacio de confrontación de intereses particulares en la vida pública, y la segunda para aludir a la voluntad política pública dirigida hacia una dirección determinada.

En algunos sectores de nuestro medio existe una confusión conceptual respecto de la definición de la política. Para algunos existe una política verdadera y pura, que se dirige a la consecución del interés nacional, y otra bastarda, la politiquería y electoralista, identificada con la promoción de intereses particulares. Obviamente la naturaleza de esta distinción hace que cualquier actividad política, sectorial o partidista, deba ser enfocada como antipatriota, en el menor de los casos, y como contraria a la ética y a la moral, en la mayoría de las situaciones.

Desde el punto de vista del análisis, esta visión moralizante e

ingenua de la vida política dificulta el dar cuenta de los fenómenos políticos, pues la preocupación principal de sus defensores es “satanizar” la vida política. Por otra parte, desde el punto de vista de la práctica política, introduce una visión maniquea que, al eliminar las posibilidades de matices, transforma la arena política en un escenario de lucha entre el bien y el mal absolutos, y consecuentemente propicia la polarización del proceso político.

Es evidente que una visión cortoplacista de la política, reducida a un juego grosero de satisfacción de pequeños intereses, tampoco ayuda al análisis, pues todo se transforma en contingente, en flor de un día, y no es posible distinguir procesos políticos de largo plazo. Así, los acontecimientos políticos quedan reducidos al cálculo cotidiano de los actores individuales de la política: es el predominio de lo micro sobre lo macro, y en consecuencia del caso por caso, lo que vuelve imposible cualquier estudio sistemático de la política. Desde la perspectiva de la práctica política, esta actitud excluye la posibilidad de planear acciones políticas de largo plazo, lo que condena al practicante político al inmediatismo y a reaccionar simplemente ante los acontecimientos externos.

A esta perspectiva chata de la política aludía Mario Vargas Llosa al sintetizar su experiencia pública de la siguiente forma: “Ya metido en la candela, en esas reuniones tripartitas hice un descubrimiento deprimente. La política real, no aquella que se lee y que se escribe, se piensa y se imagina —la única que yo conocía— sino la que se vive y practica día a día, tiene poco que ver con las ideas, los valores y la imaginación, con las visiones teleológicas —la sociedad ideal que quisiéramos construir— y, para decirlo con crudeza, con la generosidad, la solidaridad y el idealismo. Está hecha casi exclusivamente de maniobras, intrigas, conspiraciones, pactos, paranoias, traiciones, mucho cálculo, no poco cinismo y toda clase de malabares. Porque al político profesional, sea de centro, de izquierda o de derecha, lo que en verdad lo moviliza, excita y mantiene en actividad es el poder: llegar a él, quedarse en él o volver a ocuparlo cuanto antes. Hay excepciones, desde luego, pero son eso: excepciones. Muchos políticos empiezan animados por sentimientos altruistas —cambiar la sociedad, conseguir la justicia, impulsar el desarrollo, moralizar la vida pública—, pero, en esa práctica menuda y pedestre que es la política diaria, esos hermosos objetivos van dejando de serlo, se

vuelven meros tópicos de discursos y declaraciones —de esa persona pública que adquieren y que termina por volverlos casi indiferenciables— y, al final, lo que prevalece en ellos es el apetito crudo y a veces inconmensurable de poder”.

Es evidente que la desilusión de Vargas Llosa se deriva de su propia experiencia: la del intelectual que pasa de observador a actor. La realidad es dura, pero es realidad. Sin embargo, esta constatación no debe llevarnos al cinismo, pues el mismo Vargas Llosa admite que existen excepciones, y además, al considerar el panorama global de la política, nos permite ver que toda esa actividad tiene su sentido: es la manera en que los intereses se enfrentan y resuelven sus conflictos. En ese sentido, aunque la actividad no tiene características exclusivamente altruistas, lo cierto es que las técnicas de la política logran que el conflicto se resuelva fuera del marco de la violencia física. Las intenciones no cuentan, lo importante es el resultado.

La política es confrontación, pero también negociación, diálogo y concertación. De ese proceso complejo surge unas veces el interés nacional, y otras veces graves errores históricos. La alternativa sería la “no política”, la dictadura, la imposición y la

2/ Para un desarrollo de ambos conceptos véase: Almond, Gabriel y Powell, G. Bingham, *Comparative Politics*, Boston Little Brown and Company, 1966, pp. 73-128.

3/ Vargas Llosa, Mario, *El Pez en el Agua*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1993, p. 90.

obediencia ciega, las cuales producirían algunas veces resultados, pero la mayor parte del tiempo, opresión y violación de los derechos humanos.

Política, instituciones y parlamento

En el contexto de la sociedad civil, el proceso político, la disputa por el poder, pasa por el conflicto y por la persuasión cotidianas, pero también por las instituciones políticas, las cuales consideramos aquí como la condensación de las prácticas del pasado, readecuadas y reinterpretadas perpetuamente por la práctica del presente. Por ello, rechazamos de plano la consideración de las instituciones públicas como entes formales o adjetivos. Las instituciones políticas son sustantivas, no tienen un carácter subordinado, su existencia social determina procesos sociales y económicos, así como estos las condicionan recíprocamente. La concepción espacial del marxismo jerarquizante y verticalista, obsesionada por el principio de la jerarquía entre las instancias sociales (superestructura/infraestructura), no da cuenta de la complejidad de lo real debido a su énfasis excesivo en la explicación lineal y reduccionista.

En este contexto, el parlamento aparece como un espacio social muy particular: la convención social (Historia, Constituyente y Constitución) hace que en nuestros

días ésta sea la instancia que posee la facultad de pronunciar, con carácter general y obligatorio, las principales normas que deben regir la vida social. Actualmente, lo cierto es que no es la única instancia que lo hace: en la realidad concreta, la práctica social crea normas, la tecnocracia gubernamental determina muchas veces el pronunciamiento del parlamento, y la burocracia internacional pronuncia sus normas, las cuales también son aceptadas por las diversas instancias de la sociedad interna. La Sala Constitucional, con sus facultades de interpretar la Constitución, se transforma también en una instancia elaboradora de normas generales y obligatorias para los ciudadanos.

Una diferencia específica del parlamento respecto de estas otras instancias pareciera radicar en su apertura en cuanto a la integración de diversos sectores sociales y territoriales y en los referente a la discusión y al debate, pues a pesar del peso de las cúpulas partidarias sobre los legisladores, el debate legislativo es una oportunidad para plantear los más variados puntos de vista. En el parlamento se puede hablar con amplitud, “parlare” cosa que no ocurre con igual libertad en otras instituciones sociales como la empresa, la burocracia gubernamental o las instancias judiciales, sujeta estas últimas a rígidas normas para la aplicación de la ley.

Para algunos esta inclinación a la discusión es molesta. La idea que estos factores tienen del

parlamento es la de fábrica de leyes. Esto se refleja en su impaciencia ante el proceso de discusión que siguen los legisladores. Ciertamente, los parlamentos están alejados del ideal de ágora griega y mucho más del foro académico donde se da la discusión reposada y sujeta a las reglas del método científico. El parlamento es el ámbito al que se llega a legislar discutiendo, pero no sólo tomando en cuenta la pureza de los argumentos, sino también el activismo de los intereses sociales, la influencia de la legislación sobre la sociedad y los costos de tomar ciertas medidas para las fuerzas políticas que llevan a sus candidatos al parlamento. La tensión entre el diputado como representante ideal de la nación y su condición real de representante de un partido político, de áreas territoriales o de sectores sociales,

es una tensión permanente e irresoluble que obliga a un ejercicio agotador en la conciencia de cada legislador y en el tapete de las negociaciones intergrupales y partidarias^{4/}.

Esto hace que, como lo ha señalado con lucidez el Dr. Hugo Alfonso Muñoz, los papeles de un legislador sean múltiples y difíciles: “Así, el concepto del diputado, con anterioridad el parlamento de los grandes discursos, que preparaba y aprobaba la ley, cambió para convertirse en el funcionario que realiza tareas muy complejas y muy dispersas. Es difícil entender la tarea o las tareas del diputado: atiende a electores, presiona a los gobernantes para conseguir obras públicas en sus comunidades, asiste a reuniones con diversos grupos, prepara la ley con la ayuda de los técnicos, delibera en comisiones,

4/ El interés general ha de ser aceptado como principio inspirador de la acción general de Gobierno de Estado, pero sin muchas ilusiones. Como lo apuntan dos académicos españoles: “Hemos señalado la producción del interés general como una de las características de la acción de gobierno, y afirmamos que era un elemento de justificación, quizá ideológico. Pero si por una parte el interés general es aceptado como principio que ha de inspirar la actuación del gobierno, por otra no es demasiado fácil de concretar. Habrá casos sencillos, en los que podrá encontrarse un consenso unánime: quizá las medidas de protección civil frente a catástrofes naturales podrían servir de ejemplo. En este caso, el interés general es el interés de todos y así percibido por todos. Otras veces, sin embargo, no hay consenso sobre lo que hay que hacer para servir el interés general, aunque existe una conciencia muy extendida de que el interés general está en juego; este podría ser el caso de los problemas de defensa militar. Finalmente, la situación concreta a la que deba responder una acción de gobierno, puede no involucrar directamente el interés general, pero sí indirectamente, a consecuencia del tipo de respuesta que dé el gobierno a una demanda motivada por el interés de un grupo social (...). Si excluimos una situación límite, como la que correspondía al ejemplo de la catástrofe, parece claro que siempre es posible demostrar la coherencia de una acción de gobierno con el interés general, desde el momento que se tienen diversas concepciones de él. Por el contrario, a menudo será imposible determinar cuál es el interés general entre el embrollo de intereses parciales enfrentados”. Arbós, Xavier y Giner, Salvador, *La Gobernabilidad: ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*. Siglo XXI España Editores, Madrid, 1993, p. 54.

participa en conferencias sobre temas complicados, presenta mociones para modificar los proyectos, vigila las actividades del Poder Ejecutivo, atiende comisiones especiales, delibera en el Plenario y en Comisiones Legislativas Plenas, se reúne en fracción con sus compañeros, asiste a actividades del partido, visita comunidades e inaugura eventos. Tareas tan variadas y dispersas dificultan su labor (...) la tarea del diputado se desarrolla en el plano individual y como parte de un grupo en los órganos colegiados. Aprender a deliberar, a transar y a dialogar son destrezas que debe aplicar y desarrollar el diputado. Esa no es labor de técnicos, resulta ser una actividad propia y normal de diputado que le produce gran desgaste. La creatividad y el sentido de la oportunidad constituyen características permanentes del buen diputado en la búsqueda de fórmulas jurídicas para afrontar situaciones. Este rasgo definitivo se advierte con más frecuencia en las tareas y actividades parlamentarias que en las resoluciones de los jueces o en las decisiones de los administradores. Es cierto: la ley, por su amplitud, es más creativa que la resolución judicial y que la decisión administrativa^{5/}.

Muchas de las críticas dirigidas contra los parlamentos se originan

en la multiplicidad de papeles que deben desempeñar: legislación, control político y contacto comunal: otras se originan en la subordinación del trabajo parlamentario a los intereses electorales, y algunas en las malas actuaciones individuales de los diputados.

Una parte de la crítica encuentra su causa en el disgusto hacia la política por parte de intereses poderosos que desearían que sus demandas se aceptaran directamente, sin discusión, y como el parlamento es un espacio filtro, la emprenden contra él.

Es claro que en el mundo existe un malestar con la política, y que éste tiene causas reales que deben buscarse en una sociología de la antipolítica que supere el estrecho marco del moralismo y del resentimiento de quienes no han podido abrirse camino en el seno de las formaciones políticas o han fracasado en la construcción de nuevas opciones.

La finalidad de este pequeño ensayo es explorar el mundo de la antipolítica, sus orígenes, motivaciones y visiones, pero también reivindicar la política como un espacio legítimo para resolver las contradicciones sociales y, más aún, como el espacio privilegiado para superarlas. La alternativa es la "no política", que desde nuestra

perspectiva equivale a la dictadura y se encuentra en las antípodas de una visión democrática de la vida.

¡Viva la política!, pues por medio de ella se expresa el pluralismo social. ¡Viva la política!, pues por medio ella se manifiesta la creatividad social,

II. Por el ancho mundo de la antipolítica

PARAFRASEANDO A MARX, PODRÍAMOS DECIR que un fantasma recorre el mundo, el fantasma de la antipolítica. Los errores de los políticos, las desilusiones derivadas del fracaso de las ideologías totalizantes, la corrupción, las mentalidades tecnocráticas, el populismo electrónico y el autoritarismo, alimentan el caldero de la no política, de las actitudes antidemocráticas.

Motivaciones antipolíticas

Las motivaciones de quienes critican el parlamento y las instituciones políticas son variadas: hay quienes, con justa causa, se encuentran preocupados por la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas, mientras que otros no creen en la democracia y preferirían la eficiencia de los militares aliados a los tecnócratas para dirigir la sociedad.

En un espacio intermedio se encuentra una amplia gama de actores que utilizan la frustración de los ciudadanos ante las malas

¡Viva la política!, pues aunque no creamos que por ella se salve la humanidad, sí pensamos que es la manera más racional, más civilizada y específicamente humana para resolver los grandes problemas de vivir en la sociedad.

políticas y tienen motivos muy diversos para hacerlo. Algunos nunca han podido ingresar en la clase política por su incapacidad de interpretar los sentimientos populares. Otros, habiendo probado la vida partidaria, por su propia incompetencia política no lograron ascender en los partidos y entonces resienten de sus excompañeros lo que deben cobrarse a sí mismos. La frustración de algunos que tentaron la suerte política por medio de minipartidos pero sin levantar vuelo con sus iniciativas partidarias debido a su falla de visión política, ha originado también muchas actitudes antipolíticas. El espacioso universo de los no políticos se nutre también del oportunismo de quienes ven en el sentimiento antipolítico la ocasión propicia para irrumpir con posibilidades de éxito electoral. La falta de acceso de nuevos sectores a las estructuras partidarias, imbuidas de caudillismo y jefismo, es otro factor que origina el rechazo de las instituciones democráticas y de los partidos políticos.

5/ Muñoz, Hugo. Presentación al folleto: *Asamblea Legislativa y sus Diputados*, PRODEL, San José, 1995. Sin numerar.

La óptica de la “no política”

La visión del mundo del antipolítico auténtico se caracteriza por su pesimismo: el mundo y el país se encuentran siempre al borde del abismo. Esta visión apocalíptica de la realidad va acompañada, la mayoría de las veces, de una nostalgia por una Edad de Oro en la que todo fue mejor y de la cual el presente no es sino una caricatura. Desde una perspectiva esencialista, para el antipolítico todos los políticos son corruptos. Este punto claramente reflejado en la pregunta de un periodista a un político: “¿No va eso en contra de la esencia de un político que, según reza, lo único que tiene de verdadero es su falsedad?”^{6/}

Esta perspectiva es también moralista, pues implícitamente postula que hasta el mínimo detalle de la acción política debe estar sujeto a una ética de valores absolutos, de una absoluta congruencia entre las intenciones y la acción^{7/}.

Otro importante rasgo de la “no

política” es su deseo patológico de orden. Para el antipolítico la diversidad y el pluralismo no son racionales, pues su obsesión ordenadora siempre lo remite a un solo punto organizador de la vida social (Estado, partido, nación, razón). La ilusión es alcanzar una sociedad en la cual los sectores desaparecen de manera absoluta ante los intereses nacionales que generalmente el antipolítico dice representar, aunque sea una minoría o una voz en el desierto.

La actitud antipluralista va usualmente acompañada del odio antipartidos: algunos en una versión atemporal que no se animan a formular abiertamente; otros en versiones más contingentes que critican a los partidos que existen, pero no dejan de soñar con la opción sana que, desde luego, es la propia. Sin embargo, ambas visiones se suscriben al lugar común de presentar la “partidocracia” como encarnación de todos los males, concepto vaciado de su específico contenido técnico de la Ciencia Política^{8/} y transformado en una

expresión de resentimiento o de utilitarismo para propiciar nuevos liderazgos.

La actitud antipolítica desemboca casi siempre en el utopismo, entendido no como la actitud normal de imaginar nuevas formas de convivencia, sino más bien como el sueño totalizante de construir una nueva sociedad, un hombre nuevo, la transformación total y cualitativa del corrupto estado de las cosas. Si el mundo

está podrido, la única avenida es proponer un mundo radicalmente diferente.

El correlato más corriente de este nuevo milenario es la crítica de la democracia como sistema: si todos los males del mundo ocurren en la democracia, la conclusión simplista es que estamos ante una de sus crisis, la causa de los males está en el régimen político y los universos alternativos son generalmente antidemocráticos.

III. Por una sociología de la antipolítica

EL FIN DE SIGLO NOS LLEGA EN MEDIO DE DRAMÁTICOS cambios en las estructuras de nuestras sociedades y de la comunidad internacional. El conocimiento, directamente incorporado al proceso productivo, transforma radicalmente el mundo del trabajo y, en consecuencia, el proceso político al integrar nuevas capas sociales con un nivel creciente de educación en la vida pública, pero desvinculadas de las clases políticas tradicionales.

La nostalgia de la polarización ideológica

La caída del comunismo como

sistema de organización social también promueve la aparición de la antipolítica, pues la escena política se modifica radicalmente, ya que se pasa de una situación en la cual la política estaba teñida de bipolaridad —de la confrontación entre dos visiones del mundo radicalmente diferentes donde cada sector reclamaba para sí la verdad absoluta— a una nueva situación en la cual la política se libera de ideologías, en el sentido de que triunfa un único paradigma de organización política: la democracia liberal. Hoy no existen visiones alternativas de modelos ideales de organización política, salvo quizá la visión islámica del

6/ Entrevista de Jesús Mora a José Miguel Corrales, periódico *Al Día*, 2 de abril de 1995.

7/ Max Weber ha hecho un incisivo análisis del problema de la relación entre moral y política al establecer una distinción entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad: “Antes que la inmoralidad de la política o de impolititud de la moral se debería más correctamente hablar de dos universos éticos que se mueven según principios distintos de acuerdo con las distintas situaciones en las cuales los hombres actúan. De estos dos universos éticos son representantes dos diferentes personajes que actúan en el mundo sobre caminos destinados casi siempre a no encontrarse: por un lado, el hombre de fe, el profeta, el pedagogo, el sabio que observa la ciudad celestial; por el otro el hombre de estado, el conductor de hombres, el creador de la ciudad terrena. Lo que cuenta para el primero es la pureza de las intenciones y la coherencia de la acción con la intención, para el segundo la certeza y la fecundidad del resultado”. Bobbio, Norberto y Matteucci, *Diccionario de Política*, Editorial Siglo XXI, México, 1982, p. 1250.

8/ Aportamos la definición de Mauro Calise: “Partidocracia es una forma de gobierno en la que un partido tiene un control monopolístico sobre el proceso de gobierno de la misma manera en que los Presidentes y los parlamentarios lo hacen en los regímenes Parlamentarios y Presidenciales. ¿Cómo se gana y ejerce el control gubernamental son entonces las cuestiones que necesitan ser tratadas?” Calise, Mauro, *The Italian Partocracy: Beyond President and Parliament in Political Science Quarterly*, Volumen 109, Número 3, Edición especial, 1993, p. 444.

mundo. Las tentaciones autoritarias y dictatoriales no se presentan como caminos alternos, sino tan sólo como desviaciones temporales de la forma ideal que persigue la humanidad en este final del milenio⁹. Así, la política llega a plantearse en términos menos globales, pues no están en discusión ni la destrucción de un modelo ni la instauración de otro totalmente diferente. En el marco de la guerra fría, el deseo o la defensa de un tipo de sociedad le daba un carácter casi religioso a la política. Hoy la política pareciera ser un asunto más pragmático: la selección de las mejores políticas y de los mejores hombres para vivir en una democracia y para mejorarla. Las visiones mesiánicas han desaparecido, al igual que la confrontación dramática, pues en cada ocasión de conflicto no se juega el destino de la humanidad, como ocurrió repetidamente en la época de la guerra fría. Por ello, también han surgido nuevas desavenencias de carácter local, regional y étnico que antes estuvieron subordinadas a la confrontación global. Todos los mesianismos de uno y otro tipo han quedado huérfanos, y esto ha producido en muchos una nostalgia psicológica por convertir en una ideología la política. Antes era muy

fácil orientarse políticamente: bastaba con suscribirse a una ideología y entregarse sumisamente al peso de sus conclusiones como sistema cerrado de explicación del mundo. Hoy las cosas no son tan claras, pues la democracia suministra el marco global para administrar el conflicto y mejorar la vida en comunidad, pero la solución de los problemas concretos en el marco de la economía, de la política social, del desarrollo tecnológico y de la protección del ambiente, sólo puede provenir de la reflexión y de las prácticas concretas, jamás como conclusión automática que surge de las premisas de la democracia.

La democracia garantiza el respeto de las libertades e impone límites al poder, fundamentada en la premisa de la igualdad básica entre los seres humanos, pero la calidad de los resultados individuales y colectivos que se alcancen depende de la creatividad de las personas, de las comunidades.

Los nostálgicos de la bipolaridad ideológica del pasado denigran hoy de la democracia, señalando que ella no logra resolver todos los problemas concretos. El argumento implícito es que no puede haber solución si no se modifica el todo. Mantienen

todavía la tesis de que las transformaciones sociales deben ser radicales para que surtan efecto sobre el sistema. El cambio gradual está fuera de su agenda. El mundo real que no responde al blanco y negro de los esquemas bipolares, sino más bien a la infinita variedad de la vida y de sus matices, es un mundo devaluado para los nostálgicos de la antipolítica ideológica. Si no hay confrontación de tesis y antítesis, claramente delineada, no hay política, la única política posible es la confrontación. La diversidad de líneas y de políticas es una aberración para este tipo de antipolítica. Esta visión deriva de las posiciones del pasado, obsesionadas con el problema de una sola línea en política. Nadie ha criticado con mayor lucidez esta postura que Raymond Aron al señalar: "Un partido que siempre tiene razón, debe, en cada momento, definir la línea justa entre el sectarismo y el oportunismo. ¿Dónde se sitúa esta línea justa? A igual distancia de los dos arrecifes del oportunismo y del sectarismo. Pero estos dos arrecifes, originariamente, han sido situados con relación a la línea justa. Sólo se sale del círculo vicioso por un decreto de la autoridad, que define a la vez la

verdad y los errores. Y ese decreto es inevitablemente arbitrario, dictado por un hombre que resuelve de pronto, soberanamente, entre los individuos y los grupos; la distancia entre el mundo tal como sería, si la doctrina original fuera verdadera, y el mundo tal como es, hace depender la verdad de las decisiones equívocas e imprevisibles, de un intérprete calificado por el poder¹⁰".

Este fenómeno de la antipolítica es mundial, se manifiesta en el desarrollo de grupúsculos neonazis en Europa, el populismo electrónico de Ross Perot en los Estados Unidos, el autoritarismo civil de Fujimori, el desplome del sistema de partidos en Italia, el protofascismo de Zhirinovskiy, las reacciones antipolíticas contra Carlos Andrés Pérez y Fernando Collor de Melo y la crítica acerada de ciertos sectores de la prensa contra los parlamentos. Sin embargo, el factor ideológico asociado con la guerra fría no es el único elemento explicativo del fenómeno de la antipolítica. Es claro que la profunda transformación de la estructura del poder internacional¹¹ constituye uno de los elementos condicionantes, pero la estructura interna de los países y la fragilidad

⁹ El caso Fujimori ejemplifica esto. Tras el autogolpe la "democracia" peruana ha buscado relegitimarse vía elecciones (referendo, elecciones generales), nunca se ha pretendido un nuevo modelo "a la Pinochet" de los primeros años. Esto ha ocurrido, fundamentalmente, por la presión internacional, ya que el panorama interno del Perú pareciera estar listo para un ejercicio autoritario y plebiscitario de más largo plazo.

¹⁰ Aron, Raymond, *El Opio de los Intelectuales*, Ediciones Leviatán, Argentina, 1957, p. 113, (los subrayados no corresponden al texto original).

¹¹ Aparte de los fenómenos de corrupción, es obvio que el caso italiano ejemplifica claramente cómo la guerra fría produjo un sistema de partidos rígido en que el predominio de la Democracia Cristiana, el clientelismo y el estatismo estuvo fundado en la necesidad de impedir el desarrollo del Partido Comunista.

de sus instituciones democráticas —las cuales no se fortalecieron con la guerra fría más allá de la retórica— son el otro elemento explicativo al que debemos acudir para comprender el fenómeno en su totalidad.

La fragilidad de las instituciones democráticas

La corrupción es el elemento que más se cita para explicar la desilusión de la ciudadanía por las clases políticas. Es patente que este es un factor, pero el tono moralizante de la denuncia hay que evaluarlo con prudencia. ¿Es la corrupción política un factor nuevo en el panorama político mundial? ¿Hay maneras de medir esa corrupción para establecer un marco comparativo? ¿Era todo mejor en los “good old days” de la política patricia? Es evidente que no se puede responder a estas interrogantes con la rigurosidad que el análisis exige, pero ello no nos permite descartar el factor de la corrupción.

Ciertamente, tanto el sentido común como las encuestas nos revelan que la ciudadanía no percibe la actividad política como especialmente honesta. En este desfase entre los objetivos explícitos de la actividad política, establecidos en los textos legales y en las clases de educación cívica, y

la práctica política percibida por la gente, reside uno de los más fuertes factores electorales de inconformidad con la política.

Esto explica parcialmente la actual insatisfacción por las instituciones políticas. En España y en muchos países de América Latina, la insatisfacción y la desconfianza con el funcionamiento de la democracia puede analizarse en los siguientes datos estadísticos, citados por Julio Cotler. El apoyo a la democracia varía grandemente en los países de América Latina, pues encontramos desde adhesiones fuertes (Bolivia y Costa Rica: 79% y 71% respectivamente) hasta una bajísima confianza (Venezuela, Ecuador, Guatemala: 16%, 21% y 26% respectivamente)¹².

En lo referente a la confianza otorgada a los parlamentos y a los partidos políticos, el panorama no es menos alentador, pues los primeros sólo en Uruguay gozan de un apoyo mediano (51%), mientras que en otros países del área la satisfacción con los cuerpos legislativos es muy baja (Guatemala, Ecuador, Venezuela y Colombia: 9%, 11%, 17%, 17%). Costa Rica se encuentra entre los países de la región que cuentan con niveles de apoyo positivo a los parlamentarios (36%), por lo que puede compararse el grado de satisfacción con los casos

mexicano y peruano (35% y 38%). Según una encuesta de Unimer¹³, el 41% de los encuestados opina que los diputados no toman en cuenta “nada” de lo que piensa el ciudadano, el 54% indicó que “poco” y solamente el 3% expresó que mucho.

Con respeto a las organizaciones partidarias, el panorama nos es muy diferente. En algunos países el apoyo a éstas es alto (Costa Rica, México y Uruguay: 27%, 27%, 25%), y en otros es muy bajo (Ecuador, Guatemala y Venezuela: 8%, 7%, 11%). Según la misma encuesta de Unimer, los costarrisenses opinan que los partidos no hacen nada (39%) o hacen poco (54%) para que el gobierno tome en cuenta al ciudadano.

La mayoría de las veces, la comprobación de estos datos es una fuente de satisfacción para los antipolíticos, pues la develización de las crudas realidades del funcionamiento concreto de la democracia, pareciera confirmar que vivimos en el peor de los mundos posibles y que, en consecuencia, es necesario el cambio radical. El antipolítico siempre busca la unanimidad —o por lo menos la hegemonía— y cuando no la encuentra de inmediato comienza a señalar que los países están al borde del despeñadero.

Ante tal realidad, lo primero es la prudencia en el análisis, pues muchos se sienten tentados a concluir que estos bajos porcentajes de apoyo deben atribuirse a la imperfección de las democracias latinoamericanas. Esto no es así: los mismos datos de Cotler revelan que en Europa la situación no es muy diferente. Los españoles están satisfechos con la democracia (64%), medianamente satisfechos con el Congreso (51%) y menos satisfechos con los partidos políticos (24%). En los Estados Unidos, la situación se acerca más a las condiciones latinoamericanas, pues según una encuesta de USA TODAY - CNN - GALLUP¹⁴, tan solo el 21% de los encuestados aprueban el desempeño del Congreso.

Para llegar a conclusiones sólidas entre el deterioro de las instituciones, sería necesario contar con más evidencia empírica sobre el apoyo pasado a éstas; sin embargo, sería deseable que los actuales niveles de apoyo mejoraran. No pensemos que sea necesario llegar a la unanimidad, pues nuestro ideal de la convivencia no es la sociedad absolutamente politizada, como sueñan los nostálgicos del ideal totalitario, pero sí sería conveniente alcanzar mayores niveles de apoyo.

Otras grandes reflexiones que surgen son: ¿No está en la

12/ Cotler, Julio, *Crisis Política, “Outsiders” y Democracias: El “Fujimorismo”* en Perelli, Carina et. al. *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*, IIDH-CAPEL, Costa Rica, 1995, p. 119.

13/ Unimer, Encuesta de Opinión Pública XV, Costa Rica, enero de 1995.

14/ USA Today, Octubre 11.

naturaleza del sistema democrático esa sana desconfianza hacia las instituciones políticas? ¿No reflejan estas encuestas la natural desconfianza de la espontaneidad democrática hacia todo poder ajeno al individuo?

En el contexto latinoamericano, donde la mayoría de los países terminan el camino de la transición hacia la democracia y otros aún discurren por él, luego de décadas de dictadura, las grandes expectativas, creadas durante la noche autoritaria, pueden servir también de caldo de cultivo para la antipolítica, pues si la llegada a la tierra prometida no soluciona todos los problemas, posteriormente viene la desilusión.

El predominio de la tecnocracia en la vida pública, particularmente de los economistas, ha llevado a algunos a creer que conducir los asuntos públicos es cuestión de técnicos y de aplicar reglas correctas. El tecnócrata considera la democracia como un proceso engorroso y lento. La discusión con los no iluminados por la ciencia de la economía pareciera innecesaria y entorpecedora para la aplicación de las soluciones correctas. El tecnócrata vive un mundo cómodo, el mundo de los modelos matemáticos, donde la realidad concreta desaparece en una especie de mundo metafísico, y cada concepto ocupa lugares claramente definidos. Sólo los iniciados tienen derecho de ingresar en este planeta, el resto de los mortales debe aceptar las soluciones técnicas,

como ayer se les pedía aceptar la interpretación de la línea correcta de los intérpretes autorizados del materialismo histórico, sólo que hoy la licencia de interpretación no la entrega el Comité Central, sino el prestigio de los títulos de Harvard, Ohio o del más criollo INCAE. Los tecnócratas se desesperan ante la política, no entienden cómo el juego de los intereses concretos impide que los mortales contemplen el mundo de las ideas económicas y acepten sin discusión sus reflexiones.

La plutocracia y el corporativismo son las otra fuentes de antipolítica. Para los grupos de poder económico, la relación con el poder político siempre es difícil. La estructura de nuestras empresas, impregnada todavía del paternalismo de plantación, no es democrática. El principio de igualdad de la política democrática es difícil de procesar para quienes están acostumbrados a presidir empresas familiares en las que no hay procesos internos de alianzas y negociación. Las cámaras patronales usualmente se desesperan ante el proceso de la discusión parlamentaria, pues a pesar de sus elaborados mecanismos de influencia sobre el proceso de formación de las leyes, su espíritu está imbuido de la naturaleza sectorial y no comprenden el delicado proceso legislativo de agregación de intereses variados. Esta situación pareciera estar cambiando en los últimos tiempos, si tomamos en

cuenta los procesos de negociación directa entre cámaras y sindicatos; sin embargo, en ellos persiste, a pesar de todo, la mentalidad de cierto grupo que desea que sus intereses se expresen en las leyes directas y mecánicamente. Cuando esto no ocurre, su crítica a la democracia representativa se une a las legiones de la antipolítica, ante la frustración de no verse representados corporativamente en el aparato del Estado.

Los pecados de la clase política

La clase política no se encuentra ajena al fenómeno de la antipolítica. El electoralismo de nuestro proceso político, la superficialidad de la videopolítica, la mala utilización de las encuestas y las malas actuaciones de los políticos, contribuye en gran medida a incubar la antipolítica.

El electoralismo se origina en el sistema presidencialista y en nuestro sistema electoral. El poder concentrado en la figura del presidente de la República centra el proceso político en su designación, que se efectúa cada cuatro años pero requiere una intensa preparación anterior. La supeditación de otros nombramientos (diputados) al poder del candidato y del presidente, provoca que gran parte del esfuerzo político gire en torno a la cuestión electoral. La imposibilidad de reelección de los diputados, el sistema de listas cerradas y un obsoleto proceso de selección interna de los candidatos

en los partidos políticos, ocasionan que otras instancias políticas, aparte del candidato y el presidente, pierdan relevancia y que se dificulte el proceso de agregación de demandas, pues todas tienden hacia el centro, hacia la figura central: el candidato, quien, por otra parte, comienza a morir políticamente una vez electo, debido a la imposibilidad de la reelección presidencial.

Las modificaciones del sistema electoral son muy difíciles, pues cuestionan el poder de cúpulas partidarias que, por medio de sistemas distritales, cantonales, provinciales y nacionales, pueden controlar con alguna facilidad el proceso de nombramiento de los candidatos a diputados y otras decisiones partidarias.

Un proceso electoral dominado por los medios audiovisuales propicia una personalización excesiva de la política. La discusión programática y el análisis ceden ante el imperativo de la imagen y los límites del tiempo en la televisión. La videopolítica vicia no sólo el proceso electoral, sino también el proceso político en su totalidad, banalizando la toma de las decisiones comunes.

La aparición de las encuestas de opinión en la escena política también ha propiciado el fenómeno de la antipolítica, pues algunos llegan a considerar que este método de auscultar la opinión pública debería sustituir los procesos electorales y los mecanismos de la democracia representativa. Si las

encuestas no se equivocan, si son instrumentos científicos, ¿por qué no utilizarlas como mecanismo alternativo de las elecciones, máxime que una encuesta se puede realizar con más facilidad que un extenso proceso electoral?

La antipolítica surge también del mal manejo de la clase política, los escándalos de embajadores que trafican oro, la malversación de fondos públicos, los privilegios de algunos sectores del personal político, la utilización de fondos públicos con fines privados, los combates meramente procedimentales en la Asamblea Legislativa, todo eso alimenta el caldero del disgusto hacia la política. La distancia entre el discurso electoral

y las realizaciones concretas es también otra fuente de malestar respecto de la política. Debe reconocerse que el ciudadano medio tiene buenas razones para estar incómodo, que el llamado a mayor seriedad y honestidad es legítimo, y que no obedece pura y simplemente a las intenciones autoritarias¹⁵ de algunos.

Es evidente que la antipolítica no surge de la nada. Hay razones sociales, psicológicas, sociológicas e internacionales que explican su irrupción en la escena política. Entenderlas serenamente ayuda a comprender el panorama, pero además a buscar los caminos que deben utilizarse para volver a plantear la política.

IV. Expresiones antipolíticas

EL ESPACIO PRIVILEGIADO PARA LA EXPRESIÓN ANTIPOLÍTICA lo han constituido los medios de comunicación. A la crítica oportuna y reflexiva de la conducta de los políticos y del funcionamiento de las instituciones políticas, se ha añadido la crítica hepática y destructiva de algunos comunicadores.

Cuentan de algún periodista que su máxima de periodismo

investigativo consistía en afirmar que todos los políticos eran los culpables de la corrupción hasta tanto no se demostrara lo contrario. Esta posición es todo lo contrario de una justa actitud de crítica para mejorar las instituciones políticas, pues introduce como premisa la deshonestidad y la mentira y les resta legitimidad a las instituciones políticas.

Periodismo y antipolítica

En los medios de comunicación, el gran vehículo de expresión de la antipolítica han sido los programas radiales y las columnas humorísticas. Decía una política francesa que el mejor antídoto contra el fascismo (rojo o negro) era una buena dosis de humor. Los fascistas y los revolucionarios son hombres muy serios, el mesianismo de sus santas cruzadas los lleva a ello. Por eso, en una democracia el humor es una buena arma de la crítica y, como tal, debe ser respetada y ampliada. Sin embargo, muchas veces se ocultan tras ellas el argumento sin sustancia, el calificativo sin fundamento, el gusto por el escándalo, la desinformación, la ignorancia y el deseo de vender espectacularidad.

Algunos periodistas cometen el error de erigirse en dueños de la verdad absoluta y de la moral, y se transforman en dioses terribles, dispensadores de los certificados de la pureza y del interés nacional. Esto es en gran parte consecuencia de la función social de crítica que deben cumplir; sin embargo, sería bueno que tomaran en cuenta la seriedad de la crítica y las graves consecuencias que pueden derivarse de acciones irreflexivas si su oficio no tiene el elemento

contralor que significan las elecciones, entendidas como expresión de insatisfacción de los ciudadanos con las figuras públicas. La satirización del personal político y la desconfianza abierta en las instituciones democráticas, pueden dejar de ser un excelente mecanismo para el perfeccionamiento de la democracia y convertirse en sepultureros de ésta.

Sin embargo el problema no es sólo de actitud. Existen elementos estructurales¹⁶ en el trabajo de los comunicadores que propician la aparición de posiciones antipolíticas. En efecto, los periódicos tienen que venderse; por ello, lo espectacular y lo secundario prima sobre lo reposado y lo principal. Lo conflictivo es noticia, la cotidianidad creativa no lo es. Muchas veces las noticias negativas impiden contemplar la totalidad positiva de una obra de gobierno, de una institución o del sistema político como un todo.

En la época de la guerra fría, los medios de comunicación siempre fueron muy cuidadosos con la crítica a las instituciones, pues se sobreentendía que ésta podía hacerle el juego al adversario ideológico. Eso provocó que muchas veces se cayera en el ensalzamiento ritualista de las instituciones y en una completa

15/ Sobre esta oía pretende cabalgar Zhirinovsky cuando señala... "él (el hombre medio) desea un poder sólido, está cansado del estado de anarquía, del fraude y de la propaganda, desea que finalmente le digan la verdad, que no lo engañen", *Playboy Magazine*, marzo de 1995, p. 56. La inseguridad de la vida cotidiana genera el deseo del orden, los hombres, como decía Tocqueville, están dispuestos a sacrificar la libertad por la seguridad. Si las instituciones son percibidas como cunas de inseguridad el rechazo de estas, o al menos la desconfianza, son reacciones naturales.

16/ La proliferación de noticias y la sed por la noticia hacen muchas veces que los periodistas pierdan el control de un proceso adecuado. Véase *The New York Time Magazine*, Junio 26, 1994.; *The Media out of Control?*

acriticidad respeto de ellas. Sin embargo, hoy el péndulo pareciera orientarse hacia el extremo opuesto, pues no hay quien señale lo positivo de la democracia, sino que se enfatizan excesivamente sus pecados.

Desinterés de la política

El desinterés de las nuevas generaciones por la política es también un elemento de expresión del fenómeno antipolítico. Este pareciera originarse en el sano escepticismo de los jóvenes hacia las soluciones totales. La generación que nació después de 1948 es hija de la guerra civil y de la guerra fría. Fuimos marcados por

una profunda división de la sociedad y de la comunidad internacional. Los jóvenes que nacieron después de la década de los 70 no esperan más las nuevas sociedades ni al hombre nuevo. Son más concretos. Están más preocupados por su futuro individual y familiar que por las grandes utopías. Este fenómeno tiene un significado positivo en la medida en que aparta a las nuevas generaciones de los sueños totalitarios y de las creencias seculares, pero también tiene su aspecto negativo en la medida en que despolitiza de una manera absoluta la sociedad, quitándole un componente de cohesión necesario para su buen funcionamiento.

V. Las soluciones

SI LA VIDA POLÍTICA SE DEFINE EN TÉRMINOS DRAMÁTICOS, el país está al borde del abismo. Los partidos son absolutamente corruptos, los políticos son todos delincuentes y los valores tradicionales están en vías de desaparición. Entonces, las soluciones son de la misma naturaleza.

La salida de la crisis adquiere las características de salvación nacional, inclusive de salvación personal y de la humanidad. El mesianismo vuelve a asomar sus orejas tras la máscara de al antipolítico. La salvación sólo se puede obtener por la vía de la

purificación, del exorcismo, de la exclusión de los malvados y del advenimiento de los salvadores. Esta es la única solución frente a los mediocres y la corrupción, pero nunca se dice cuáles son los mecanismos para determinar quiénes son los puros, los brillantes, los salvadores, salvo referencias veladas a la supuesta brillantez intelectual o pureza moral de los nuevos mesías.

Política y religión

Para el antipolítico la lucha política tiene las características religiosas. Es una confrontación

entre la verdad y la mentira, entre el bien y el mal; no hay espacio para los matices, las soluciones tienen que ser integrales, hay que cambiar el sistema, pues de otra manera no hay esperanza de salvación. Tras este llamado se esconden los monstruos de las soluciones totales, de las líneas únicas y correctas para todos y cada uno de los problemas. Este integralismo no es sino una nueva forma de integrismo, de fanatismo intransigente aplicado a la política.

La pasión antipolítica es autoritaria, pues percibir un mundo en términos de bien y mal absolutos no deja espacio para relativizar las circunstancias concretas, en las que el antipolítico quisiera ver a cada momento una lucha cósmica. Esto conduce a la intolerancia, raíz del autoritarismo. Por otra parte, la grandeza de la misión justifica los medios que se empleen: si tanto está en juego, los medios usados deben ser también extraordinarios, lo cual contribuye a alentar la tentación autoritaria.

El líder antipolítico se siente investido por una gracia cuasidivina para enmendar los grandes entuertos. Existe una especie de iluminación que pareciera provenir de su pretendida capacidad para interpretar el

momento histórico y sus vinculaciones con el pasado y el futuro.

Es común recurrir a métodos plebiscitarios, pues el antipolítico busca la relación directa entre el líder y el pueblo, fuera de la intermediación de las instancia partidarias o de la democracia representativa. El sano llamado a la democracia participativa y a la utilización de mecanismos de democracia directa, como complementos a la democracia representativa, es desnaturalizado por el rechazo de esta última como forma de gobierno corrupta y separada de las masas. Un ejemplo de esto puede apreciarse en el sueño de Ross Perot de recurrir a mecanismos de voto electrónico directo para resolver los asuntos cruciales de una sociedad, al margen del proceso deliberativo normal de los parlamentarios.

Tras el llamado de los antipolíticos se esconden nuevas formas de autoritarismo. Algunos ven en ellos el resurgir del fascismo. Ciertamente, el fenómeno no es tan simple, pero el peligro es claro y debe llamarnos a contrarrestar la crítica a la democracia y a la política realizando un esfuerzo por rescatarla.

VI. Reinventar, reconstruir, rescatar la política

ES CLARO QUE EXISTE UN MALESTAR CON LAS FORMAS tradicionales de hacer política. Este

descontento se puede reflejar en una cierta ilegitimidad de las instituciones y de las clases

políticas, y en un eventual alejamiento del electorado de las actuales opciones partidarias.

Desde el punto de vista del sistema político, es necesario enfrentar el problema para mantener su legitimidad. Los demócratas ven en el malestar una crisis que es necesario resolver en democracia y con más democracia. La pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas y la crisis de la representación son males reales, como lo demuestran las encuestas analizadas anteriormente. Sin embargo, hay que evitar el riesgo de caer en los suspiros por el mito de una edad de oro democrática, que probablemente nunca existió. No hay forma de comprobar que la adhesión de los ciudadanos al sistema político fue mayor ayer; al fin y al cabo, las encuestas sistemáticas datan de aproximadamente cincuenta años en los Estados Unidos, y en nuestro país de unos quince años. Ante la falta de evidencia empírica sólida, lo mejor es un sano escepticismo sobre las glorias del pasado, la perfección política de antaño y la supuesta virginidad de las clases políticas de aquel entonces. Lo que corresponde es plantearse el problema de la política de una nueva manera.

Nuevas formas de hacer política

Primero, debe tomarse en cuenta que el deterioro del estatismo ha colocado en un nuevo

plano a la sociedad civil y, en consecuencia, la democracia participativa y la intervención organizada de los sectores en la política cobran un nuevo vigor. Los protagonistas principales son los grupos, los partidos, las diversas organizaciones de la sociedad civil. El Estado demiurgo, centro organizador de la vida social, pasa a otro plano. Hoy el Estado encuadra, estimula y canaliza, pero no pretende dirigir la vida social y económica. Así, la política ocurre en un entorno más autónomo, menos dependiente de la maquinaria estatal.

Segundo, la gran visión del futuro, y del pasado de la humanidad en línea ascendente, parece ya simplista. Los fundamentos de la política parecieran asentarse en teorías de corto y mediano plazo, y menos en las "Weltanschauung" totalizantes. ¿Hacia dónde va la humanidad? ¿El punto de llegada está determinado desde la prehistoria? ¿Consiste la acción política en determinar las grandes líneas de la evolución histórica para adaptarse a ésta reconociendo la necesidad o, por el contrario, el mundo es más complejo? ¿No es acaso que no hay líneas ineluctables de evolución histórica? ¿No pareciera más sensato presumir que existen varias líneas alternativas, y que no todas tienen que considerarse ascendentes en el sentido de la idea del progreso en el siglo XVIII? Al parecer, el gran sentido de la

acción política está en interpretar las líneas objetivas de la evolución histórica, con la humildad que reconoce los límites de la razón humana individual para comprender la totalidad del proceso objetivo de la historia.

Tercero, la política sólo puede ser renovada, reinventada y recreada si se parte de una visión realista, en el sentido más obvio de esta palabra. La política no se practica para salvar la humanidad. Los líderes políticos no son sustitutos terrenos del Mesías. La política consiste en arreglar el conflicto de intereses que inevitablemente se presenta en la vida en común. El gran ideal de construir la nueva sociedad poco se relaciona con la administración y la resolución de los conflictos que ocurren de manera inevitable en la vida cotidiana. Los métodos para resolverlos poco tienen que ver con el reposado transitar del discurso que debería practicarse en el ámbito universitario, y menos con el anhelo de verdad e iluminación de las grandes religiones. La política no lleva a la salvación del alma, aunque por medio de aquella pueden perderse ésta y el cielo, como en cualquier otra actividad humana. La única vía que conoce la humanidad para la salvación es la experiencia religiosa, y ésta dista mucho de la práctica política.

Con lo anterior no quiero decir que el practicante de la política no deba seguir lineamientos éticos, ni tampoco que no existan

circunstancias históricas en las que el juego político adquiere connotaciones dramáticas para el futuro de la humanidad; sin embargo, son situaciones excepcionales, pues la mayor parte del tiempo la humanidad resuelve sus conflictos caso por caso, utilizando unas veces la persuasión y el diálogo y otras veces la violencia, pero la mayoría de las ocasiones con los ojos puestos en lo inmediato y no en el gran diseño histórico que puede traer sobre la Tierra la paz y la armonía definitivas. Desde esta nueva perspectiva, hacer política conduce a plantearse los problemas concretos dentro de ciertos marcos generales, pero jamás enmarcados en el referente del destino final de la humanidad, que supuestamente se juega en cada momento del proceso político.

Cuarto, las nuevas formas de hacer política tienden a dejar atrás los viejos marcos de un pasado oligárquico, gamonalista, caciquista y jefista. El caudillismo exigía secreto, lealtad incondicional y concentración personal del poder. Por el contrario, hoy la dispersión del poder es la regla en lo macro y en lo micro. Tanto en el Estado como en las organizaciones privadas, el énfasis parece situarse en el trabajo de equipo, la delegación de competencias y la libre circulación de la información. Por ello, el viejo estilo de hacer política, centrado en la maniobra, la negociación por

debajo de la mesa y la retención de la información, está fuera de sintonía respecto de los grandes procesos sociales de nuestro tiempo. Las nuevas generaciones rechazan esquemas de acción y de organización que ya no responden a las necesidades de nuestro tiempo. En Costa Rica esta es particularmente importante gracias a la población joven, urbanizada recientemente, con un nivel creciente de educación y con una presencia femenina que cobra conciencia de su importancia.

Eso ocasiona que el respeto a las viejas tradiciones políticas, asentadas en la obediencia campesina y en la ignorancia política de una gran mayoría de la población, no tenga más sustento. La incorporación de la mujer no sólo significa el aumento de la participación social en la política, sino también profundas transformaciones en la mentalidad guerrera del combate político. El machismo político empieza a ser sustituido por una actitud más racional y compasiva, y el mando

VII. La reforma política: democratizar la democracia

LOS CAMBIOS DEBEN EFECTUARSE DENTRO DE LA DEMOCRACIA. La lucha es por más democracia, por perfeccionar los mecanismos de la democracia representativa y del equilibrio de poderes con los mecanismos de la

falocrático comienza a atenuarse con los valores de la solidaridad y el entendimiento.

Por otra parte, aunque no cabe esperar la desaparición total de la politiquería, el electoralismo o la corrupción, lacras que viajan desde siempre con la condición humana, sin duda es necesario luchar por el exterminio de las estructuras objetivas que las propician, entre ellas el estatismo, cuya regulación de todas las órbitas de la vida invita a la dádiva.

La modificación del sistema electoral disminuirá la tentación electoralista y la discusión política unida a la participación creciente en épocas no electorales, constituye el mejor antídoto contra las visiones cortoplacistas de los politiqueros. Sin embargo, la crisis política no se resuelve exclusivamente con discursos moralizantes; es necesario el cambio institucional dirigido por un consenso, fruto de la concertación política entre fuerzas que tengan interés en los cambios y logren concretarlos en una reforma política.

democracia semidirecta. Persistir en la actual configuración de la democracia representativa o enfatizar en los aspectos plebiscitarios de la democracia directa, sólo puede conducir a agudizar la actual crisis del sistema político.

Democracia representativa complementada con democracia directa

Se requieren cambios en el sistema electoral que aumenten la responsabilidad de los diputados ante sus electores. La democracia interna de los partidos debe fortalecerse, abriendo el sistema interno de selección de los candidatos y sometiendo su funcionamiento interno a un control legal.

El Parlamento debe ser fortalecido en su dimensión legislativa, pero fundamentalmente en el área del control político, para profundizar en el necesario equilibrio de poderes que requiere la democracia y que en nuestro país se ha desviado hacia un excesivo predominio del Poder Ejecutivo. Este "reequilibrio" debe ser complementado por procesos de descentralización del gobierno nacional en favor de los gobiernos locales.

En este sentido, para desvincular el proceso político local de la dinámica electoral nacional, son urgentes las elecciones de medio período y la elección popular del ejecutivo municipal. La administración del impuesto territorial por parte de las municipalidades es otro paso importante que ha sido tomado.

El referendun, la revocatoria y la iniciativa popular en materia de leyes son mecanismos que, si se introducen en nuestro proceso político institucional, implicarían

un avance significativo en el proceso democrático.

Ya no se trata de la gran utopía ni de construir una nueva sociedad, ni siquiera de todas las reformas que requiere nuestro país. Son propuestas pequeñas ante las grandes utopías milenaristas, pero que deben realizarse después de difíciles discusiones y acuerdos políticos, de modo que es necesario persuadir a muchos de sus bondades.

Contribuirán a mejorar nuestro proceso político, dotándolo de la capacidad de responder más ágil, eficaz y rápidamente a las demandas de la ciudadanía. Quizá no se esté creando nada original, pero se reformula y se recrea la democracia ante los retos de un nuevo siglo. Así se cumple con tareas ineludibles para cada generación. Cuando apuntamos la necesidad de renovar la democracia, nos referimos a reinventarla partiendo de los avances del pasado e interpelando el presente. No se pretende crear a partir de la nada, sino responder a los retos de la historia concreta y no a los sueños alocados de la razón, que en este siglo terminaron siempre devorando a sus propios hijos en el vientre de la pesadilla totalitaria, la ingeniería social, el romanticismo de la nación o los delirios de la raza.

El problema no es solamente cambiar las instituciones. El cambio cultural es necesario y es un problema de valores, consecuentemente un problema

educativo, pero ante todo, un problema político. Lo político se resuelve con la discusión y el debate, las únicas avenidas para cambiar mentalidades, principales obstáculos a todo tipo de cambio.

Más democracia en las instituciones, más democracia en el proceso político y más democracia en la cultura política. Estos tres procesos deben llevar a un equilibrio real entre los poderes del Estado, a un proceso político que supere el "electorerismo", y a una cultura de participación que deje atrás el caudillismo y la ciega obediencia a los jefes.

Este trabajo es el fruto de la reflexión y de mis labores como legislador, en el ejercicio del control político, auscultando el proceso político como actor de la vida política. En este período he palpado la politiquería, la improvisación, el "electorerismo", la sumisión ciega a los dictados de los jefes, la irreflexión política y la matrúfala rastrera, pero también he vivido plenamente el pluralismo, expresado en la participación de múltiples sectores en el debate legislativo, mediante las comparecencias en comisiones. Además, he vivido a plenitud la cultura cívica constarricense, manifiesta en un debate parlamentario ordenado y respetuoso de los argumentos del adversario, mientras que en otras latitudes los debates parlamentarios finalizan muchas veces a balazos o a puñetazos. En Costa Rica, el

enfrentamiento verbal enmascarado en las reglas del respeto y la cortesía es la nota dominante de la lucha parlamentaria.

Durante estos años he ejercido el control político en asocio con los diputados de mi partido; así he contribuido al funcionamiento de un sistema político que responde, aunque con limitaciones, a los principios del equilibrio de poderes. En el transcurso de estas legislaturas no sólo aprobamos un número significativo de leyes, sino también leyes que por su calidad afectan de manera positiva el destino del país (comercio internacional, contexto macroeconómico, seguridad ciudadana, salud y educación).

Aunque ha sido difícil dialogar con un poder ejecutivo más interesado en la eficacia de su acción que en la legitimidad democrática, las ocasiones para el acercamiento y la conciliación no han estado ausentes. Estas siempre han sido la prueba de que la democracia es la mejor vía para resolver los conflictos, pues el diálogo efectivo prueba que la política democrática no es la lucha entre antagonismos irreconciliables, sino la oportunidad para su superación. Por ello, me he convencido más de que, a pesar de sus imperfecciones, la democracia sigue siendo el menos malo de los sistemas. Ningún otro sistema es mejor para vivir con el inevitable conflicto que genera la vida en sociedad. La

democracia es pluralismo, tolerancia y respeto. Ha sido grato hacer política dentro de ese marco. Ha sido grato oír a todos los grupos, tratar de entender sus argumentos y situarlos en una perspectiva más amplia. Ha sido grato respetar a aquellos de quienes he discrepado. Ha sido muy importante ceder en mis posiciones con miras a lograr el entendimiento

y no el enfrentamiento. Una vez más he comprobado las opciones reales para mejorar la convivencia; he logrado evitar la desesperanza de la antipolítica, y me he preservado del cinismo de los politiqueros. Puedo decir que he hecho política sin caer en lo innoble ni en corrupto. ¡Que viva la política!☺